

«La mujer encierra en su ser todo lo que hay de más bello e interesante en la naturaleza humana; y esencialmente dispuesta a la virtud por su conformación física y moral, en su corazón encuentran digna morada las más eminentes cualidades. Pero la naturaleza no les ha concedido este privilegio sino a cambio de grandes privaciones y sacrificios. Y si aparecen en ella con mayor brillo y realce las dotes de una buena educación, de la misma manera resaltan en todos sus actos, como la más leve mancha en el cristal, hasta aquellos defectos insignificantes que en el hombre pudieran alguna vez pasar desapercibidos.»

Tomo la cita de una obrita de principios de siglo, el *Compendio del Manual de Urbanidad*

y *Buenas Maneras* de don Manuel Antonio Carreño. Pero no ha sido en verdad trabajoso para mí encontrar la formulación de este principio que atribuye a la mujer la máxima responsabilidad en punto a la buena educación. Unánime es en esto la opinión de los autores y así, vemos resplandecer esta verdad en obras que tanta influencia tuvieron en su tiempo como *Flora o la educación de una niña*, de doña Pilar Pascual de Sanjuán, aprobada para texto en 1888; *La Ciencia de la Mujer al alcance de las niñas*, editada en Madrid, en 1885 o en ese monumento de la Urbanidad, y la ciencia femenina que lleva por título *Almacén de las Señoritas*, obra escrita en forma de diálogo por la S.^a D.^a E. Serrano de Wilson en 1872.

Y yo me pregunto, ¿qué dirían estos autores y autoras y cual no sería su escándalo si levantaran la cabeza y vieran en qué ha venido a parar su sabia enseñanza? No otro, en efecto, es el mal del siglo sino la licencia que vemos en la conducta de la mujer. Mas de poco sirve que nos lamentemos de que la más bella, dulce y débil mitad del género humano, como define la eximia urbanológica doña Carmen Costas al sexo femenino, haya dejado de ser el espejo de virtudes que le proponía la urbanidad clásica, hija de la Moral. Abandonando la queja por los excesos del siglo, que hace del Manual un código por definición incumplido, tratemos de determinar cuáles son las normas consuetudinarias que rigen hoy el comportamiento de la mujer y sus relaciones con el otro sexo.

La urbanidad es siempre el arte de la simulación y si la urbanidad tradicional consistía en disimular las inclinaciones, la urbanidad moderna parece basarse en el deseo de disimular la «virtud» que venía impuesta por las normas tradicionales. Lo que en otro tiempo hubiese sido apreciado en la mujer como delicada flor de honestidad, aparecerá hoy como impresentable «estrechez». Desplegar en sociedad la bandera de la pureza, en otro tiempo tan estimada, es visto como un impropio alarde. Una señora puede e incluso debe ser «decente»

SEÑORAS Y SEÑORES

LUIS CARANDELL

pero decirlo o darlo a entender en demasía la descalifica a los ojos de la sociedad bien educada. Por ejemplo, el gesto de bajarse continuamente la falda para ocultar las rodillas o la insistente inspección del propio escote se considera hoy de un insufrible mal gusto.

En los modernos «salones» que ya

no son tales se observa de qué sutiles maneras cohonesta la mujer de hoy la existencia del pudor con la necesidad social de no aparecer en ningún momento como una fortaleza de virtud. Lo elegante es un cierto abandono que permita hacer pensar que puede ocurrir cualquier cosa, una facilidad de trato lo más alejada posible del «antes morir que pecar» clásico que un caballero moderno nunca jamás confundirá con una insinuación pero que muy bien podría invitar a «propasarse» al ciudadano educado en la vieja urbanidad.

Las modernas no se sorprenden ya de ser besadas y tocadas por los que las saludan. Es una costumbre establecida que tiene su límite en el extremo a que trata de llegar el hombre al que en el lenguaje femenino se conoce por el «tocón». Al tocón no se le rechaza como antes con un sobresalto o un respingo o con frases rurales del tipo de las de «las manos quietas, que van al pan». Al tocón se le congela más bien con una impertérrita, fría y paralizante pasividad que, si no es completamente insensible, le hará comprender lo insensato de sus pretensiones.

El tocón pertenece en realidad a un género de hombre que ya no se lleva. Con la virtuosa, remilgosa y parapetada mujer fue desapareciendo también en España el macho ibérico, una especie que, si aun existe y está muy presente en la sociedad española, no por ello deja de ser una reliquia del pasado. Su apogeo se puede fijar en los años 40 y 50 y en los 60 su





decadencia. La agresividad sexual del macho ibérico, la cruda urgencia que le inflama es una consecuencia del viejo Manual de Urbanidad, durante tanto tiempo confundido con el Compendio de Moral, que hacía de la mujer un ser inaccesible.

Y, en un país pendular como el nuestro, ha sucedido que el nuevo Manual o Testamento de la Urbanidad ha venido a imponer al hombre aquella apariencia de virtud que el Antiguo imponía a la mujer. Si aún hay espacio y tal vez el último, para el follador rural, el hombre de la ciudad ha visto recortadas sus prerrogativas hasta hacer de don Juan un personaje ridículo y del sotofaldador a la vieja usanza un hortera despreciable.

El comedimiento que se impone al hombre es semejante al que en otro tiempo se imponía a la mujer y hoy vemos a las mujeres usar, por ejemplo, cada vez en mayor medida el «lenguaje masculino» que los hombres utilizan cada vez menos o relegan a la francachela con los amigos. Si es verdad que sigue existiendo un machismo, también lo es que aparece un «hembrismo» que hace hablar a algunas mujeres de «lo muy bueno que está ese tío», sin que para nada padezca la urbanidad establecida.

Del cambio o quizá podríamos decir, ruptura, en la vieja relación de los sexos pueden dar idea algunas sutiles modificaciones del lenguaje. Las palabras «hombre» y «mujer» apenas se usan ya en el contexto sexual. Si antes una persona «se acostaba con una

mujer» o «se escapaba con un hombre» en la moderna urbanidad parece que «mujer» suene a zarzuela y «hombre» tenga una connotación seminal que resulta excesiva e indeseable. Se prefieren términos como chico y chica que se aplican sin atención a la edad. «Chico, chica, chico, chica», es la voz que dispone que un grupo de matrimonios o de amigos y amigas se sienten a la mesa. Se llega a preferir a los términos mujer y hombre los de «señor» y «señora», que utiliza incluso la gente muy joven para hablar de los amigos y amigas.

En la sociedad más joven, sin em-



«... Le tapó la boca con la mano derecha...».

bargo, los términos triunfantes son los de «tío» y «tía», que se usan desde las tiernas edades colegiales en que los varones o hembras han dejado de ser niños. Estas palabras se utilizaban antes solamente en el lenguaje de los hombres para caracterizar a una diversidad de tipos humanos que iban del «tío grande» al «tío cabrón» o de las «tías pedorras» a las «tías cojonudas» que, dicho sea de paso, solían ser horrendas.

En la moderna Urbanidad otras palabras, y conceptos, han caído o cambiado de uso. La palabra «novio» o «novia» no se dice ya en el sentido que tenía antes de dos personas que iban a casarse, como no sea durante la boda y el banquete y sólo en ese momento. El «novio» es hoy más bien el amante de una señora casada o incluso puede llegar a designarse así, cariñosamente, al marido. Pero nunca al novio. Y novias son las mujeres que «salen» con un hombre. «Salir» es el verbo sexual por excelencia en la España de hoy y puede comprender desde el tímido paseo por el Retiro hasta la relación permanente de dos personas que no vivan juntas. El novio es «el chico con el que salgo».

La palabra «esposa» o «esposo» está relegada a los educandos de los viejimos manuales de doña Pilar, don Manuel o doña Carmen que citaba al principio. El casado habla siempre de «mi mujer» aunque el gusto más moderno le inclina a decir «mi chica» como dicen los solteros. Los pobres dicen «mi señora». Lo de «la parienta», «ésta» o «lo que tiene uno en casa» son reliquias de un remoto costumbrismo. La casada tiene cada vez mayor tendencia a evitar hablar de «mi marido». La repetición excesiva de esta sacramental palabra es considerada de mal gusto. Con todo, la palabra «marido» puede ser útil a la mujer que se ve obligada a ahuyentar a tocones y ligones. La tonta suele sacar enseguida a relucir al marido que se convierte así en uno de los personajes más inoportunos de la conversación española.

Otra palabra que ha entrado en desuso es la de «viuda», sobre todo cuando ella está delante del que habla. Se dice más bien «una chica a la que se le ha muerto el marido». La palabra «viudo» se dice sobre todo cuando una amiga del que habla se ha casado con uno de ellos. La palabra «amiga» que antes significaba la amante o querida de un hombre casado, ha variado hoy de sentido. Uno puede tener una amiga con la cual «no salga» y la amistad entre hombres y mujeres, sobre cuya posibilidad se preguntaba siempre en las conversaciones de los finales de guateque, está hoy plenamente normalizada. Pero también puede significar otro tipo de relación, y, así, en las revistas del corazón, personas que están hartas de «salir» juntas, desmienten que haya nada entre ellos y que, simplemente, «son amigos».

La Urbanidad, en fin, aunque como entre nosotros ocurre parece solamente una reacción al antiguo Manual, o incluso una ruptura con toda norma, es un código que impone a las personas aparentar ser una cosa distinta a lo que son. ■ L. C.



«La niña hacía un esfuerzo...».